

Estado y gobierno en la larga noche neoliberal

A doutrina neoliberal estabelece que o Estado não deva se intrometer na economia, mas garantir a propriedade privada dos meios de produção. Na presente fase do desenvolvimento capitalista, há uma clara estratégia de não querer confrontar o papel do Estado no interior da sociedade de mercado. Este problema complexo está praticamente ausente do debate político e filosófico atual desde o final do século XX.

Palavras-chave: Neoliberalismo, Estado, Dominação, Mercado, Legitimidade.



State and government in the large neoliberal night

The neoliberal doctrine establishes that the State should not intrude in the economy, but still guarantee the private property of the means of production. In the present phase of capitalist development there is a clear strategy of not wanting to confront the role of the State in the interior of the market society. This complex problem is practically absent in the current political and philosophical debate since the late twentieth century.

Keywords: Neoliberalism, State, Domination, Market, Legitimacy.

Jorge Velázquez Delgado: Professor e Pesquisador do Departamento de Filosofia da Universidade Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México.

“— ¿Y no es el gobierno el que tiene la fuerza en cada Estado?

— Sin duda.

— Bien. De este modo, pues, cada gobierno implanta las leyes en vista de lo que es conveniente para él: la democracia, las leyes democráticas; la tiranía, leyes tiránicas, y así las demás. Una vez implantadas, manifiestan que lo que conviene a los gobernantes es justo para los gobernados, y al que se aparta de esto lo castigan por infringir las leyes y obrar injustamente. Esto, mi buen amigo, es lo que quiero decir; que en todos los Estados es justo lo mismo: lo que conviene al gobierno establecido, que es sin duda el que tiene la fuerza, de modo tal que, para quien razone correctamente, es justo lo mismo en todos lados, lo que conviene al más fuerte”.

Platón. La República. I.

1 EL DESTRUCCIONISMO POLÍTICO NEOLIBERAL

El interés por comprender las relaciones de poder expresa siempre una actitud que alcanza niveles inconmensurables. Al igual que infinidad de cosas que ocurren en este mundo por causas humanas, el poder es un fenómeno que, independientemente del modo en cómo éste se ejercite, resulta incomprensible si se le sustrae del conjunto de relaciones históricas que lo determinan. El poder es por ello un fenómeno histórico que constituye a la acción humana en correspondencia directa a las condiciones sociales que lo posibilitan. La fascinación por este fenómeno ha contribuido a exacerbar en no pocas ocasiones a las relaciones sociales; en especial cuando se le considera más un fin que un medio. Pero en la relación entre medios y fines el poder es concebido como aquella fuerza o voluntad humana, unas veces peculiarmente protagónica y tiránica y otras admirablemente titánica, que cumple con la siempre polémica misión histórica de fundar, reforzar, conservar, proteger, fomentar, transformar, controlar o bien destruir a las instituciones sociales. El neoliberalismo es pensado por esto como un método o sistema de poder responsable de destruir, nulificar o reducir a todas aquellas instituciones sociales que considera que no responden a los requerimientos y necesidades del mercado. Su habilidad y capacidad para tal fin es inconmensurable. Y su insuperable ingenio mediático no es cosa que se cueza aparte.

El neoliberalismo es, por lo hasta aquí dicho, un movimiento filosófico-político que al imponer al mundo los factores económicos sobre cualesquier otro elemento de la vida en sociedad, se ha encontrado en

todo momento más interesado en preservar, fomentar y desarrollar a las instituciones que considera que son las más importantes en la sociedad moderna: el dinero y el mercado. Atribuyéndoles un misterioso origen al naturalizarlas. Otorgándoles a la vez una extraordinaria legitimidad comprensible exclusivamente en el territorio de su ideología política. Es decir, para el neoliberalismo ni el dinero ni el mercado tienen un origen histórico. Razón por la cual no llegan a ser comprensibles o explicables en la complejidad de su evolución y concreción histórica. De este modo se sostiene que lo esencial a ellas es, para la moderna sociedad industrial de masas, la espontaneidad de su desarrollo progresivo y evolutivo. Mismo que determina al modo y carácter “civilizatorio” que guía a dicha sociedad. El dinero y el mercado son pensados como un hecho natural y, por lo mismo, como parte de la naturaleza humana. Por ello, desquiciar esta referida ruta civilizatoria, es obsesiva terquedad o empeño inaceptable de no querer ver las cosas en su lógica. La cual muestra y señala, entre otras cosas, que la competencia es – por analogía – competencia natural traducida al plano de lo social. Como es, por otro lado, lo que determina a la estructura innata que contiene todo individuo. Que es por cierto, dicho innatismo, lo que lo convierte o coloca siempre y en todo momento como un ser que potencialmente puede desplegar todas sus dotes empresariales. En esto radica el igualitarismo empresarial: en ser considerados todos potencialmente empresarios

Un igualitarismo que jamás reconocerá que a través del despliegue del mercado y de la circulación del dinero se producen relaciones de poder, control y dominio. Relaciones a las que nos encontramos subordinados de acuerdo al lugar que ocupa cada quien en la compleja jerarquía social que genera la sociedad industrial de masas. Misma que resulta absurdamente más inequitativa en la medida en que se produce el progreso evolutivo de la sociedad de mercado bajo la batuta neoliberal.

El mercado como el dinero son instituciones en las que el poder que contienen, promueven y desarrollan tiene por objetivo o fin principal establecer los criterios sobre los que se pueda desenvolverse libremente y sin obstáculos un orden social basado en la jerarquía y los privilegios. Lo que se trata es de configurar una sociedad en la que la desigualdad y la injusticia sean tratadas como algo natural. Que sean naturalizadas y *subjetivizadas* por los individuos de acuerdo a las coordenadas ideológico políticas

de esta sociedad. Y para eso está la caterva de intelectuales responsables de establecer los fundamentos sobre los cuales se deben desarrollar las formas correctas del pensamiento. El llamado pensamiento crítico e ilustrado de la modernidad es, por lo mismo, incómodo en razón a ser un referente que cuestiona desde la raíz a un sistema de dominación y control social como el neoliberal. Un pensamiento que no acepta por ser un absurdo, que dichas instituciones sean el producto espontáneo y a-histórico de esta realidad económica que por hoy ha resultado ser sumamente opresiva y alienante.

A diferencia de la extensa apologética neoliberal que se empeña en mantener al mercado y al dinero al margen del poder estatal, dichas instituciones existen tal y como las conocemos justamente por la estrecha relación que mantienen con el Estado. Constituyendo un híbrido de carácter perverso pero que es sostenido como tal a partir de la legitimidad que le concede pensar la famosa tesis sobre la reducción del Estado a su más mínima expresión. A su esencial función como fiel guardián de la propiedad y de la iniciativa privada. Controlando de este modo la buena marcha de lo político al evitar, en la medida de lo posible, que la confrontación entre los particulares o entre las diferentes fuerzas sociales, no se excedan en sus demandas y luchas. Recordemos que con el arribo de los neoliberales al poder y por decreto ideológico o por convenir así a esa caterva de intelectuales pero sobre todo a los grandes centros del poder neoliberal, feneció la lucha de clases. Pero conviene decir que el Estado jamás ha sido para tales instituciones – el dinero y el mercado – un inevitable e incómodo invitado en el festín de la riqueza que se promueve desde las diferentes opciones de la utopía neoliberal. O *capitalismo utópico* tal y como lo denomina Pierre Rosanvallon. El neoliberalismo como el neoconservadurismo serían aquí lo que determina el paso del capitalismo utópico al capitalismo científico. O radical experiencia humana en la que el destruccinismo neoliberal se ha responsabilizado de destruir a las instituciones que configuró la modernidad en su drama histórico liberal y en su drama histórico revolucionario. Pues lo que se trata de destruir son a los principios y fundamentos del Estado-nación moderno. A sus principales instituciones y aparatos de movilidad igualitaria y de justicia distributiva.

El Estado no es, pues, un simple medio como es la propuesta radical del neoconservadurismo económico y político. Como no es un instrumento – el

instrumento por excelencia – que determina la dialéctica medios-fines de la economía de mercado. Lo que es posible afirmar es que el Estado resulta ser – invariablemente – instrumentalizado; un espacio que al ser ocupado por alguna de las fuerzas político sociales en lucha, impone los términos de cierta hegemonía y/o dominación. Que son en este caso y como ya se ha visto anteriormente, los que hoy deciden la suerte de miles de millones de seres humanos en este planeta que ha sido ajustado a los intereses de las grandes mega corporaciones y a los intereses de la doctrina neoliberal. Intereses que se traducen en esa peculiar paradoja de la historia en razón a que se intensifican los procesos de socialización a nivel mundial pero sin negar radicalmente a la propiedad privada de los medios de producción; intensificando a su vez a nivel global la mayor extracción de plusvalía. Pero a fin de cuantas en esto ha consistido hasta hoy la historia intrínseca del capitalismo. Como la historia de un largo trend secular de la historia. La historia de la *economía-mundo* como concepto clave en el esfuerzo de comprensión histórica propuesto por Immanuel Wallerstein (1984). Propuesta que por cierto ha sido motivo de un interesante debate¹.

Ahora bien, lo que es índice o sustento de esta dialéctica, es convertir a la acción humana en un movimiento desplegado sobre un mundo en el cual los medios son siempre escasos. Lo que importa aquí es convertir o hacer de los fines bienes escasos. De hecho éstos siempre lo son. La cuestión es magnificarlos, dimensionarlos a extremos incompresibles. El dinero y el poder resultan ser de este modo relaciones inconmensurables pero que son parte de una extraordinaria estrategia en la que la hipóstasis es invariablemente referida a dos tipos ideales concretos: el gobernante omnipresente y el empresario exitoso. Pero que empíricamente pueden ser entes modélicos que sirven para exacerbar los criterios del análisis social al traducirlos en ideología. O en filosofía política. Pero a todo esto conviene preguntar en qué ha radicado toda la diatriba neoliberal en contra del Estado más allá de su ampliamente conocida satanización.

En algo de suyo muy simple de comprender: en fomentar la idea de que éste si tiene historia. Que como tal es un fenómeno humano esencialmente político impuesto por la caprichosa voluntad del hombre. Que es lo no deseable para la filosofía del egotismo del hombre feliz y práctico. O que es un inevitable mal necesario. Que es obstáculo y no medio al imponer límites y condiciones a toda actividad económica. Cosa que reduce drás-

ticamente la libertad individual que requiere y reclama el mercado como espacio a través del cual los individuos buscan satisfacer necesidades y deseos. Que éstos simplemente ejercen su irrenunciable derecho a planificar y proyectar – de acuerdo a sus particulares y peculiares entendederas y del mejor modo posible – su vida. Que lo que buscan es llevar una vida feliz y exitosa. Sin importar el otro como oprimido, excluido o reprimido o como desaparecido político. Pues la beneficencia y la solidaridad están para esos fines. El Estado es determinado de acuerdo con esto como una fuerza que inhibe a la acción humana como ejercicio permanente de la responsabilidad de sí mismo. La irresponsabilidad individual es la práctica política de un sistema social que convierte al individuo en un ser débil, sin iniciativa; en un simple zángano social que espera que todo llegue a sus manos por medio del Estado. Es esta la imagen de una sociedad que promueve el populismo y el bienestar como economías que al buscar el desarrollo social convierten al individuo en un ser dependiente, irresponsable e incapaz de procurar su propio bienestar o incluso sus propios medios de subsistencia. La sociedad neoliberal no es la que contiene a un Estado responsable de garantizar ciertos derechos fundamentales. Comprendiendo por tales a los Derechos Humanos o a las conquistas sociales que plasmó y defendió el bienestar. El destruccinismo es comprendido con base a esto último como aquella acción política obcecada en negar o suprimir esos derechos y tales conquistas.

Los casos de la seguridad, salud y educación pública a parte de convertirse en una relación social alarmante y preocupante dados los niveles de descomposición y abandono por los que pasan, con el neoliberalismo han sufrido una peculiar metamorfosis pasando a ser referencia de las virtudes de un régimen social y, por lo mismo, del grado de salud económica de la sociedad, a ser definidos por sus supuestos vicios y causa de una economía mal comprendida. Es decir, se pasó de pensarlos como una necesaria y urgente inversión pública a un gasto social innecesario e inútil. La salvación de estos servicios parte de la urgencia de su privatización. Cosa que sólo muy relativamente es posible hacer y esto con un éxito muy cuestionable, desde la retina neoliberal. Por ello es mejor abandonarlos a su suerte. Pero sin descuidar que en tanto que son reflejo de una multitud marginal, deben mantenerse un cierto control político de los mismos.

2 LAS FUNCIONES SUSTANTIVAS DEL ESTADO NEOLIBERAL

A excepción de las tendencias anarco-capitalistas – que sólo Dios sabe qué es exactamente lo que tal cosa quiere decir – en general la doctrina neoliberal establece que las funciones sustantivas del Estado son más complejas que su límite a simple perro guardián de la casa. Pues lo que el Estado debe garantizar sustancialmente es la propiedad privada de los medios de producción y a la competencia comprendida en estrictos términos catalácticos. Principio fundamental que bien traducido a la era neoliberal equivale a colocar las cosas del Estado en estos términos: en la defensa a ultranza de dicho sistema de propiedad y de tal sistema de competencia económica al servicio de los intereses de las grandes transnacionales. La larga noche neoliberal anuncia ser más larga de lo que supone la actual crisis económica. Pero su duración dependerá en todo caso de cómo se desarrolle y se enfrente a esta crisis, preservando en particular los intereses de dichas transnacionales. Y a los sistemas estatales que garantizan tan injusto sistema de privilegios. Pues por lo que se percibe es que la función encomendada al Estado en esta crisis, radica en salvarlas a pesar de sus excesos y de llevar las cosas de la economía a tal nivel de corrupción al ya no saber en qué consiste el más elemental principio económico del capitalismo. Esto no quiere decir que para la pequeña y media empresa y para la pequeña y mediana propiedad así como para millones de individuos quienes viven ya en condiciones marginales o de extrema marginalidad y exclusión, como para las clases medias amenazadas en convertirse en nuevos pobres al ser llevadas al pauperismo; todo ha resultado ser desesperante y decepcionante a la vez. Una multitud de esfuerzos que terminan en nada. Tal vez en donde comenzaron los sueños de ser propietario o tener un mínimo aceptable de riqueza. De dinero o de crédito. Todo se ha convertido, pues, en una condición incomprensible que no implica que se sigan tragando el cuento de la libertad de elección o libertad de mercado y del Estado como un terrible y cruel Leviatán que está siempre dispuesto a devorarlos.

Conviene observar que más allá de su famosa diatriba consistente en que el Estado no se debe inmiscuir en la economía o que lo mejor que debe hacer el estado es hacer nada, existe una clara estrategia ideológico-política a no querer confrontar seriamente el problema del Estado en

la actual fase de desarrollo del capitalismo. Esta es la razón por la cual es difícil que se encuentre una posición clara y definida con respecto a todo lo que es e implica el Estado al interior de la sociedad de mercado: un complejo problema que por cierto se encuentra prácticamente ausente en el debate filosófico político desde finales del siglo XX. Pero lo que si observan los neoliberales es que el Estado se presenta como una impresionante maquinaria de poder al servicio de las clases dominantes. Extraña afirmación proveniente de una ideología económico-política que se supone piensa al Estado de manera muy diferente. No sólo se piensa de esta forma al Estado sino que incluso se sostiene que el gobierno es la junta administrativa al servicio de dichas clases. Independientemente de todo esto lo que se afirma es que el Estado no puede dejar de ser esto: una maquinaria de poder al servicio del capital. Y la elite gobernante una junta administrativa formada por una caterva de políticos que, una vez que se ha cedido un considerable y vital espacio de soberanía, se encuentran – salvo muy honrosas excepciones – al servicio de las grandes corporaciones transnacionales. La elite política se asemeja así más a una fuerza domesticada y domesticable que a una fuerza política dispuesta a defender políticas de bienestar y esos espacios de soberanía que han sido cedidos a los intereses imperiales de las transnacionales. En la historia de las sociedades del Tercer Mundo nada de esto nos es extraño. Su historia como naciones independientes se encuentra plegada por este tipo de subordinaciones. Lo relevante de la actual coyuntura es que la historia de la relación Estado-mercado ha quedado sellada así bajo esta larga noche neoliberal, como una página más en la que los procesos de dominación y de liberación son los que terminan por definir los términos de una contradicción en la que nada está escrito como definitivo. Lo único que ha quedado en esta historia reciente es que en la lucha antiimperialista las estelas de impunidad y corrupción suelen ser más bochornosas que nunca.

El mejor argumento que se encuentra en la filosofía política neoliberal en torno al problema del Estado es, hasta cierto punto y por decir lo menos, inaceptable desde cualquier punto de vista. Lo que se afirma es que el Estado es un concepto cargado de fuertes contenidos metafísicos.

Al aludir a estos dos tipos de orden, el idioma inglés establece oportuna distinción entre los términos “sociedad” y “gobierno”. Tratándose de una sola nación, resulta innecesario recurrir a ese tercer término, tan carga-

do de contenido metafísico, cual sucede con el vocablo “Estado”. Sólo debido a la influencia del pensamiento continental, y en especial de la escuela hegeliana, ha llegado, a lo largo de los últimos cien años, a generalizarse el hábito de hablar del “Estado” en contextos en los cuales la palabra “gobierno” resultaría mucho más adecuada y precisa. Quien hace o desarrolla un programa político es siempre el gobierno, y ciertamente se presta torpe servicio a la claridad expositiva cuando se recurre al término “Estado” en aquellos casos en los que la palabra “gobierno” resulta especialmente peligrosa cuando se contraponen “Estado” (en lugar de gobierno) a “sociedad”, para dar a entender que los dos primeros términos implican organización y el último orden espontáneo”(HAYEK, 1985).²

Lo que no se dice es cuáles son dichos contenidos metafísicos ni bajo que filosofías políticas éstos se expresan. Lo que se menciona, y esto es lo más interesante, es que para la doctrina neoliberal y para toda su versión neoconservadora, lo fundamental es hablar siempre en términos de gobierno por parecer lo más adecuado y recomendable. Sin embargo, este término no deja de ser a la vez igualmente confuso y ambiguo. Pero el problema de fondo no radica en esto último sino en la pretensión del gobierno de convertirse en la principal fuerza directiva de la sociedad (Ib. pp 252 y ss). Cosa que, bien entendida, resulta ser inaceptable para la mentalidad neoliberal. En particular porque el gobierno se determina como una fuerza sumamente poderosa frente a la cual es imposible realizar la competencia cataláctica. Un monopolio que como tal contradice al espíritu empresarial. Por ello para Hayek y en general para todos los liberales, resulta incomprensible pensar al Estado como una organización que tiene por función dirigir a la sociedad en relación a la búsqueda del bien común y del bienestar social. Pues al hacer esto se convierte en una maquinaria opresiva y principal obstáculo de la libre empresa. Deja así de ser visto como una empresa más. Lo que importa del debate en torno a la cuestión del Estado bajo el orden neoliberal es que el neoliberalismo intenta sustraer al concepto de Estado de cualquier referente filosófico político para reducirlo al campo de la ciencia y técnica política. En el principal referente de la administración pública.³ Como, por otra parte, no enfrentar un debate al cual, de acuerdo a las palabras de von Mises, resulta ser: “aburrida pedantería de los profesores”(MISES, 1980, p. 83).

Lo que resulta ser un consistente ataque a la política y a los (malos) políticos (populistas, socialistas, etc.) parte de lo que se considera es una lucha infatigable y un deber imprescindible para todo neoliberal; un irre-

nunciable imperativo categórico que raya en verdadera cruzada en contra de la fuente del mal, es decir, del Estado. De esta manera el fundamentalismo y la dogmática neoliberal consistente en evitar por todos los medios posibles – incluyendo entre estos el fraude electoral y golpes de Estado sin importar en que país pueda ser necesario que tal cosa ocurra – que el Estado o algún grupo de la junta administrativa responsable de llevar los asuntos de interés público de la sociedad, tuerzan las cosas y vuelvan a prácticas distributivas o a incontenibles esquemas de planificación económica. Pues lo que entienden claramente los neoliberales en el poder es que éste es intransferible e incompatible. Pero la cuestión no es si comprenden o practican bien esta máxima imperecedera de la política; el verdadero problema es que la conviertan en un absoluto en sus relaciones de dominación. De ahí que los logros supuestamente obtenidos con grandes esfuerzos y penalidades de acuerdo a la leyenda neoliberal en todo lo que fue su ascenso al poder, no se puede venir a tierra. Menos aún si tal cosa ocurre a la velocidad del rayo una vez que el Estado en manos de la impredecible voluntad de esa camarilla de políticos, vuelve a ser instrumento de la planificación económica orientada hacia fines distributivos y no al servicio de las transnacionales.

3 LA LUCHA NEOLIBERAL EN CONTRA DEL ESTATISMO

A todo esto conviene recordar que el verdadero éxito de la doctrina neoliberal fue haber provocado un cambio de mentalidad. Pero ésta no consistió sólo en la lucha por arrancar de la cabeza de los individuos que conforman a la nueva sociedad industrial de masas, las ideas del socialismo y del comunismo. O de haber domesticado – según los neoliberales – al marxismo al reducirlo a las catacumbas de la academia. El verdadero cambio de mentalidad lo encontramos en la conciencia sobre la supuesta imposibilidad de transformar a esta sociedad por vías y métodos revolucionarios o democráticos. La eficiencia de la ideología neoliberal en todas sus ramificaciones y aliados coyunturales recae justo en esto; pero también en haber hecho posible su añorado sueño de arrancar de la cabeza de los individuos la honda mentalidad estatista que legitimó a la modernidad como al bienestar. Legitimidad en la que la figura del líder de trazo mesiánico jamás estuvo fuera de la escena histórica.

Es a partir de la renuncia a esta mentalidad que el político es objeto de una metamorfosis en la que el transformismo adquiere una nueva dimensión durante los primeros años de la dominación neoliberal. Lo que ocurrió fue la renuncia a los ideales de justicia y bienestar, al bien común, al mejoramiento y ampliación de los servicios de salud y a la educación pública; pero sobre todo a la lucha por la construcción de una ciudadanía basada en un espíritu republicano acorde a los nuevos tiempos. Es decir, de una ciudadanía socialista y democrática. Es aquí cuando resulta difícil hablar del político con vocación y profesión. Pues éste ha devenido en politicastro. En un empresario más que entiende a su oficio como parte de un medio para satisfacer sus fines que no llegan a ser otros más los que le permiten acumular riquezas a costa del erario público. La política entendida y ejercida como negocio privado a costa de la salud pública. Cosa que no es una novedad histórica si consideramos el grado de corrupción que por motivos similares encontramos en las sociedades antiguas como lo fueron la siempre admirada polis griega y la republica romana.

Pero el caso no es decir que mal de muchos o ejemplos históricos como los aquí referidos, es consolador. Pues la corrupción y la impunidad política son ya un malestar que no tiene para nuestras sociedades parangón alguno. Sensibles malestares sociales al que hay que incorporar al crimen organizado y al narcotráfico.⁴ El problema de la corrupción e impunidad política en modo alguno es exclusivo de los países subdesarrollados. Es un problema global que siempre a acompañado a los procesos de acumulación capitalista. Como a los modos de dominación imperial. Decir lo contrario equivale a sostener que jamás existió la “guerra del opio”. O que la globalización de las actuales redes del narcotráfico son fenómenos exclusivos del Tercer Mundo. Son redes que de algún modo constituyen parte del *sotto governo*. Por no decir del gobierno realmente existente cuando el político ve la oportunidad de involucrarse con dichas redes. O que sabe que no puede escapar a ellas. Lo que se deduce de todo esto es que el neoliberalismo no está ni dispuesto ni en condiciones para confrontar a este problema. No es parte de su agenda política e ideológica. Por el contrario, en su apología sobre la libre empresa y sobre la libertad individual existen claros indicios que prefieren esto a confrontar al estatismo en lo que eventualmente sería una nueva modalidad aún indeterminada. Pero que seguramente deberá tomar muy en cuenta lo que hoy ocurre en este mundo globalizado.

Por todo lo hasta aquí dicho pareciera que la cruzada neoliberal ha consistido y consiste en simular su absoluto rechazo al Estado. Pervirtiendo de esta manera al conjunto de relaciones sociales pues lo que se quiere es confrontar a la sociedad civil y al Estado. Agudizando de este modo lo político como campo de reflexión y de acción política. A simple vista esta es la impresión que se tiene en lo que es un burdo maniqueísmo en el que el Estado emerge siempre e invariablemente como un terrible monstruo de mil cabezas y dispuesto siempre a devorar a los individuos. Más que ser todo esto una cuestión que merece ser tratada seriamente, se asemeja a una ocurrente fábula que termina por no explicar ni hacer comprensible nada. Y lo único que en verdad se fomenta es el odio incomprensible al Estado y a toda aquella fuerza político social que pretenda recomponer las cosas que provoca la anarquía o el poder desmedido que se le ha concedido al mercado. Es aquí cuando los neoliberales sacan a relucir su decálogo liberal referido en particular a las libertades individuales. Mismas que en la práctica se encargan de negar a veces incluso a través de la criminalización de la protesta social. No se trata aquí de hablar de buenos y malos o de crear y fomentar odios y amores relacionados con los agentes del conflicto político de nuestro tiempo. En esto los neoliberales han sido expertos y cuentan en su haber con una extraordinaria y rica experiencia. No se trata de ver quien es más estatista o antiestatista. O quien defiende mejor a la economía del mercado de sus enemigos. Lo que importante y fundamental es comprender el problema profundo de la actual condición histórica en la cual las cosas son llevadas a un peligroso laberinto sin salida. A una nueva confrontación en la que la violencia económica y social se puede convertir en irrefrenable violencia política. Conviene por esto no olvidar que la violencia económica es también una forma específica de la violencia política. Es violencia política llevada por otros medios; mismos que buscan y quieren su naturalización. La cuestión no es sostener que siempre habrá pobres y ricos. En esto se podrá estar absolutamente de acuerdo. Lo que ética y políticamente no se puede aceptar como natural es que la pobreza y la riqueza tengan tales niveles de asimetría social. La tarea de la economía sería aquí no definir cuál es la tasa ideal de pobreza y de riqueza; sino evitar que éstas lleguen a los niveles del absurdo como es lo que hoy ocurre. O que todo tienda a empeorar al incrementarse sensible y considerablemente los niveles de pobreza. El de la política sería evitar el

envilecimiento de la sociedad como de la propia política. Buscando construir o configurar una forma de voluntad colectiva que pretenda recuperar o generar escenarios de recomposición social que tiendan a la dignificación de la sociedad en su conjunto; como de la propia política. Pero todo esto significa reformular al Estado determinando cuáles sería hoy sus más importantes funciones en referencia al viejo problema de la justicia social. Es volver a pesar los fines de la política y los medios para conquistarlos. Dicho esto todo apunta a sostener que el Estado no puede ser pensado por fuera del contenido o fuerza instrumental que lo caracteriza y determina en proporción a la dialéctica entre los medios y los fines. Pero, en última instancia, es esto también lo que define al mercado en su inocultable dependencia a esa misma dialéctica que constituye la base del lucro y beneficio individual en las lo proporciones sobradamente conocidas. Es lo que hace posible al polilogismo empresarial. Es pensar en términos absolutamente catalácticos. Como es lo que lleva, por último, a satanizar al Estado sin dejar de instrumentalizar al gobierno para los fines del mercado.

No se trata aquí tampoco de satanizar al mercado por simple contraposición a sus cada vez más insostenibles e irrefrenables excesos. Tampoco se trata de considerar cuál puede ser el punto de equilibrio entre las cosas del Estado y las cosas del mercado para pensar bajo que términos es posible establecer los principios de una nueva pero utópica armonía social. La labor de toda crítica social no depende de esto. Pero si de motivar parámetros de reflexión a través de los cuales sea posible la comprensión de una problemática tan tremenda como ésta. La reflexión crítica no excluye a la acción; por el contrario, debe ser parte sustantiva de la misma. De otro modo dejaría de ser compromiso y fuerza liberadora. La crítica no merece ser, por tanto, vista como la experiencia quejumbrosa de nuestro tiempo. Ni como simple apología del estatismo o del mercado. Por ser su compromiso una sabia inquietud por establecer criterios para la recomposición del orden social más allá de la cárcel de las circunstancias. Recordemos siempre que para los neoliberales la crítica debe ser expulsada de la republica empresarial que ellos creen que están bajo la posibilidad de construir ahora que aún tienen las riendas del poder en sus manos. Para ellos la fase actual de su dominio pasa inevitablemente por un proceso de asepsia o purificación necesaria consistente en detectar y suprimir a los enemigos del mercado o sociedad abierta. Como pasa a la vez por un

proceso de reconstrucción de las instituciones públicas – las educativas en particular – en el que se tiene por principal objetivo evitar la reproducción o generación de nuevos enemigos de dicha sociedad. Y aunque no se crea posible, los neoliberales han resultado ser buenos lectores de Platón – del gran filósofo griego a quien responsabilizan ser el padre putativo del totalitarismo –, y discípulos insuperables del mundo orwelliano. Para los neoliberales así Estado sólo debe haber uno y éste debe ser que mejor responda al orden del mercado. O su particular modo de comprender en qué radica el intervencionismo estatal: en transferir la riqueza social a las transnacionales.

4 EL ESTADO: UNA CONSTRUCCIÓN DELIBERADA

En su íntima relación con el mercado el Estado-nación como lo que es: la más importante y trascendente institución política de la modernidad, ha establecido en todo momento una relación que nunca se podrá considerar ideal. Por el contrario, ha sido en todo momento difícil y conflictiva e incluso en no pocos momentos profundamente contradictoria. Cosa que ha convertido al Estado en lo que ya Marx definía como aquel campo de la realidad social en torno del cual gira la lucha de clases. El intervencionismo estatal no sería así otra cosa más que el modo específico de un tipo de dominación y de relación social que, al establecer un sistema de gobierno con ciertas características, refleja el poder efectivo de determinadas fuerzas político sociales. El intervencionismo estatal es, entonces, un modo concreto e histórico del ejercicio del poder. Que no siempre está en contra de los intereses de las clases dominantes cuando es acompañado por prácticas económicas y políticas de carácter distributivo. Por ser el intervencionismo también un modo de dominación que favorece a las clases dominantes al ser beneficiadas a través de políticas de transferencia de enormes recursos económicos. Es esto lo que se conoce como un populismo al revés. Sostenido únicamente por intensas campañas mediáticas en las que sobresale la disputa por los pobres. La cual a veces tiene más tonos absurdos que realizaciones concretas. Pero lo que se discute aquí no es esto. La famosa y ya muy retórica pregunta de ¿qué hacer con los pobres? Sino por qué esta íntima relación histórica, la que por siglos han sostenido el Estado y el mercado, produce crisis que, independientemente

de su contenido específico, conduce a pensarla siempre en términos de sus posibles límites. Es decir, en la medida en que una u otra se extralimitan queriendo a la vez imponer su imperio a la otra, obliga a la reflexión y la acción política a depender de lo urgente que es establecer marcos de control político, normas y leyes para frenar los excesos que comenten. Como obliga también a la filosofía política a redefinir sus horizontes en torno a los diferentes posicionamientos entre las actitudes libertarias y las actitudes igualitarias.

Para los teóricos de la cataláctica el Estado del Bienestar es un fenómeno político, extraeconómico, en el que el poder extralimita sus funciones. Ejercitando políticas intervencionistas que afectan considerablemente al mercado. Como ya se ha mencionado: *para los neoliberales el Estado no es, como el dinero y el mercado, una institución de orden natural. Es una construcción deliberada. Artificial e intencional. Un error del constructivismo racionalista. Lo que define al intervencionismo es, a parte de todo criterio instrumental, una específica voluntad de gobierno o voluntad de poder. Deseo y ambición de dominio.* Es bajo estos términos que podemos calificar de simplistas lo que lleva a los neoliberales a no querer comprender nada del Estado más allá del modo en cómo ellos lo instrumentalizan para la satisfacción de sus propios fines. Es constructivismo es, de este modo, un método para imponer a la sociedad un orden artificial que, en la medida en que se obstruye la evolución progresiva y natural del mercado, lo perjudica sensiblemente al provocar situaciones que pueden significar su destrucción. Y esto significa la destrucción de la civilización occidental. El intervencionismo inmoderado e identificado con la izquierda, el populismo y el socialismo en general, al cuestionar al capitalismo, cuestiona a la civilización occidental a través de lo que se consideran sus productos más elevados y genuinos: el mercado y el dinero.

El Estado no se piensa por todo esto como una entidad autónoma ni en su más mínimo sentido relativo. Es, invariablemente, pensado en términos de una relación necesaria pero tremendamente incómoda. En donde las formas de complementariedad que introduce con respecto del desenvolvimiento del mercado, son acotadas una vez que al Estado se le resta poder a través de la negación de la soberanía como factor substancial del poder estatal. La idea del Estado en la doctrina neoliberal se limita a pensarlo exclusivamente como poder del gobernante o, cediendo en algo, como

producto de una selecta caterva de planificadores. Quienes por cierto son los que se asumen como insustituibles expertos en cualquier asunto público. Razón por la cual éstos resultan ser intercambiables. Pasando de esta manera de un cargo público a otro totalmente diverso. Por ejemplo: de la Secretaría de Salud a la de Educación o de Hacienda. Insistimos: en la sociedad de mercado el mérito no es parte sustantiva de la misma; sólo se premia la lealtad y subordinación a un régimen despótico y autoritario pero ideal a los fines del politicastro.

Ahora bien, en esta elemental idea sobre el Estado moderno subyace un principio de hipóstasis consistente en personalizar al Estado en la figura del gobernante; benévolo o maligno, esto es lo de menos. No se trata de valorarlo sino de referirse a un fenómeno que en esencia es pernicioso a los fines del mercado. La hipóstasis política funciona como un señalamiento concreto a través del cual es posible, una vez superada o negada la abstracción, culpabilizar a todo ente de los males que aquejan a este mundo. Mismos que referidos al caso de la economía y a sus crisis, provoca un ámbito de miedo en cuanto que dicho señalamiento encarna en la figura de un individuo real y concreto. Esta estrategia de poder llevada a la realidad no tiene nada que envidiar a G. Orwell; pues los medios contribuyen a fomentar el odio y la frustración que son por lo general producto de nuestra incertidumbre. Pero sobre todo del miedo y por qué no, al terror que provoca pensar a la pobreza por fuera y al margen de todo desplante retórico. El miedo a la pobreza y el miedo al pobre como una otredad que deja de ser fantasmagórica una vez que encarna en nosotros, es lo que forja la conducta típica del conservadurismo. Y de no pocos desplantes neofascistas. Como es también lo que hace posible la existencia de una cultura de las elites como cuerpos sociales cerrados y estancos al interior de la sociedad abierta.

Es a través de toda esta bien pensada e instrumentalizada ideología política que se quiere, a la vez de desmitificar al Estado en sus funciones, compromisos y responsabilidades sociales, huir o dar la vuelta a la urgente discusión sobre la imperiosa necesidad de su reformulación o reforma referida al papel sustancial que debe ejercitar en la conducción económica de la sociedad. Pero también, y esto es muy importante, a la impostergable discusión en torno al problema de la soberanía como cualidad intrínseca del Estado-nación. Pues en estas oscilaciones históricas la globaliza-

ción tiende a revertirse generando lo que ya se denomina un proceso de des-globalización acelerada que conllevan a pasar por nuevos procesos proteccionistas y de mayor agresión de las potencias centrales hacia los países del Tercer Mundo (JALIFE-RAHME, 2007).

La economía mundial enfrenta de este modo nuevos escenarios proteccionistas que principalmente se presentaran en los países centrales. Agudizando la temible competencia de las mega corporaciones. Y evitando a toda costa que se genere un nuevo Welfare State o procesos distributivos como medida para paliar los efectos de la crisis entre las clases subalternas. Al parecer la clave de comprensión para un futuro menos oscuro está de nueva cuenta en la distribución. En la capacidad que muestren las fuerzas sociales subalternas de generar y promover nuevos esquemas distributivos. Los cuales no serán perfectos. Pues la ciencia económica se puede distinguir por establecer modelos ideales perfectos pero dejan de serlo una vez que son arrojados a la realidad.

5 UN ESTADO IDEOLÓGICO

En el proceso de su instrumentalización y como medio para la realización y conquista de ciertos fines, lo que los neoliberales comprendieron perfectamente bien es que el Estado es una fuerza histórica sobre la cual se impulsa, desarrolla y se preserva toda relación hegemónica. Y esto implica condicionar los vínculos hegemónicos a los fines del mercado. Los neoliberales han sido excelentes promotores de la idea de que el socialismo es un Estado ideológico, olvidando con ello que el neoliberalismo es también un Estado ideológico en la medida en que: “El poder de una ideología estriba precisamente en eso, en inducir a la gente a someterse a sus dictados sin vacilaciones ni escrúpulos” (MISES, 2001, p. 227).

El interés por reformar los vínculos hegemónicos, en espacial a los aparatos de la educación e instrucción pública pero sobre todo a la universidad pública parte, como se puede apreciar, de esa urgente necesidad de inducir a la gente a la aceptación incondicional de la sociedad de mercado bajo la batuta neoliberal. Por romper una mentalidad a la que se acusa de ser responsable del estatismo. La idea de una democracia sin adjetivos, a parte de ocurrente, supone la obligación de evitar que el Estado termine por devorar todo. Por ello es preferible que esto lo hagan las transnacio-

nales. Pues son ellas las responsables de promover la competencia pero sobre todo al dinero como instrumento de la libertad de elección. Los neoliberales a la par de ser muy conscientes de que no quieren a la democracia por encerrar el peligro del intervencionismo en su más deplorable expresión, es decir, como populismo, desarrollan su filosofía social como filosofía pecuniaria o de bolsillo. La posibilidad de esta filosofía depende de los cotos que se impongan a la acción y al poder estatal. Dejando en plana libertad a los monopolios u organismos responsables de desarrollar la competencia en llamada sociedad de libre mercado. Que no es otra más que un orden social en el que tales organismos encuentran las mejores condiciones para desarrollar sus intereses económicos.

Si lo que tanto critico el neoliberalismo de la experiencia del bienestar es que éste, al promover la confusión, ofrece argumentos poco sólidos.⁵ Lo que se hace creer es que los argumentos que ofrece la apologética del mercado si son sólidos. O que gozan de un extraordinario grado de cientificidad que merecen ser adoptados como verdad bíblica. Tal cosa es lo que se denomina la ciencia al servicio de la ideología. Es la aceptación de un orden social injusto al que se quiere legitimar con todo tipo de criterios de autoridad que terminan por echar por tierra cualquier avance democrático, pero sobre todo igualitario. Como promotor de actitudes a-críticas, el neoliberalismo es una sociedad ideológica en la que el objetivo de reducir al Estado a su más mínima expresión no consiste, como se hace creer, en convertirlo en el gran vigilante o en el gran comprador; sino en evitar que a través de éste y por medio del gasto social, se convierta en el gran consumidor del capital y del ahorro socialmente disponible. Este es el mal endémico de todo gobierno. Un mal que se agudiza en la medida en que el gobernante en turno como hombre real y mortal: “aspira a perpetuar su posición y la de su clan, amigos y partido. Sólo con tal objetivo recurre a medidas impopulares. Ni invierte ni acumula capital; prefiere levantar fortalezas y equiparar ejércitos (Ib. p. 1004).

En todo esto el asunto de fondo que sale a relucir es, por la vía de la estrategia de la hipóstasis, reclamar limites al gobernante omnipresente, al autócrata. Esto es correcto si es que este es el sentido del reclamo neoliberal al poder estatal. Pero esto no es así. Lo que se reclama es que el Estado comprenda un conjunto de instituciones sociales que dependen de lo que se considera es un abusivo consumo de capital. Consistente en de-

dicar y otorgar recursos por vías diversas pero siempre con fondos públicos, a la promoción del crédito estatal o a la serie de gastos considerados excesivos para el mantenimiento y desarrollo de los servicios de salud y educación pública. La verdadera fuente del mal está, pues, en el consumo de capital por el Estado al dedicar éste enormes recursos económicos a las instituciones públicas. Es esto lo que se considera un dispendio absurdo e innecesario. Raíz de toda confusión económica. Pues es mejor que esos recursos estén en los bolsillos de inversionistas, banqueros y entre las elites políticas.

Quienes gobiernan de esta forma, es decir, consumiendo capital, merecen ser tildados de expoliadores de la sociedad o, peor aún, de la humanidad. Por ser ellos quienes violentan la función del poder en la medida en que la cataláctica no responde a ningún sistema caritativo o de beneficencia en la organización social o estatal. Por tanto, sostener un sistema de seguridad en base a las viejas conquistas sociales o de acuerdo a los principios de los Derechos Humanos es, desde este estricto punto de vista económico, algo que sólo sirve para provocar confusión. En la medida que restringe la libertad que promueve el afán de lucro como fuerza impulsora del sistema de mercado.⁶ La generación de obra pública es considerada también un asunto perverso en la medida en que responda a la promoción de la imagen del poder y no a la defensa o promoción del mercado. Pues esta obra debe ser motivada pensando siempre en el beneficio de la iniciativa privada y no en el de los ciudadanos. Quizá no exista más grave y grande error del gobernante que establecer una política de control de precios. El problema de los salarios, ese es otro asunto.

Como puede apreciarse son estos y muchos ejemplos más los que sirven para criticar los argumentos que ofrecen los neoliberales respecto a sus planteamientos teóricos y estratégicos sobre la superioridad del mercado sobre el poder estatal y de la sociedad. Lo que ha resultado en estos duros años de dominio neoliberal es que las razones de tal concepción económica y político-social, muestran cada vez más su impotencia para lograr una estabilidad económica en nuestra sociedad en particular. A nivel global los estragos de la crisis de 2008 y el proceso recesivo que recién empieza, dicen mucho más de todo lo que ya sabemos: que hemos vivido bajo el dominio de una mala economía que en todo momento vivió bajo la esquizofrenia al definir para la sociedad una condición sujeta a un cambio

permanente en el campo de los precios y no querer modificar ni un ápice lo que piensa que debe ser la estabilidad del poder adquisitivo del dinero.

La idea de estabilizar el poder adquisitivo del dinero – dice von Mises – no brotó del deseo de proporcionar mayor exactitud al cálculo económico. Surgió del anhelo de crear una esfera inmune al incesante fluir de las cosas humanas, un mundo ajeno al continuo devenir histórico [...]. El Estado, esa nueva deidad de la naciente estatolatría, esa eterna y sobrehumana institución inmune a toda terrenal flaqueza, brindaba al ciudadano la oportunidad de poner su riqueza a salvo de cualquier vicisitud, ofreciéndole ingresos seguros y estables. Se abría así el camino para liberar al individuo de la necesidad de arriesgar y de adquirir su riqueza y sus renta cada día en el mercado capitalista [...]. Capitalistas y empresarios advirtieron perfectamente que dentro de una sociedad de mercado no hay forma de conservar la riqueza acumulada más que reconquistándola a diario en la ruda competencia con todos, con las empresas existentes y con los recién llegados “que surgen de la nada”. El empresario viejo y cansado, que no quería seguir arriesgando las riquezas ganadas a pulso en proyectos orientados a servir mejor al consumidor, y también los herederos de ajenas fortunas, indolentes y plenamente conscientes de su incapacidad, preferían invertir sus fondos en papel del estado, buscando protección contra la implacable ley del mercado (Ib., p. 272-3).

Lo que ha resultado de todo esto es que lo que se quería evitar: la inflación y la desestabilización económica. Lo que mantiene la ortodoxia de este modelo de desarrollo económico es el apoyo y sostenimiento de gobiernos débiles. Gobiernos pensados para mantener una economía fuertemente centralizados por los organismos internacionales cuyas siglas son ampliamente conocidas. Organismos responsables de llevar a efecto la planificación global en la actual fase de acumulación capitalista. Imponiendo de este modo un desarrollo económico incluso por encima de las aspiraciones y reclamos democráticos de la sociedad.

Pero el problema no se encuentra en establecer los límites del Estado en relación a su capacidad y extensión. Esto es una falacia que no guarda proporción alguna. Los límites que se le imponen al Estado por vía del desarrollo de la economía neoliberal se refieren a lo que se piensa que han sido sus excesos distributivos. Al consumo desproporcionado de capital destinado a las clases y sectores subalternos de la sociedad. Es esto lo que se entiende y consiste la extralimitación estatal. La comparación entre el New Deal y el fascismo y el nazismo con el socialismo es, por decir lo menos, burda y estúpida. Es un maniqueísmo ramplón que termina por no

hacer inteligible nada y si muy confuso cualquier posibilidad de análisis sobre las diferencias sustantivas de los diversos regímenes políticos del siglo XX. Por lo aquí dicho, y esto debe quedar muy claro, no se trata de hacer apología del Estado. Pero tampoco caer en la insostenible falacia del antiestatismo como estrategia de odio al gobernante o del político. Esto no quiere decir que en gran número de casos el político ha resultado ser parte de la servidumbre fiel de las transnacionales. Lo que se piensa es que la posibilidad de la política pasa – indudablemente – por el proceso de su propia dignificación. Es decir, por la prudencia, habilidad y capacidad del político para salir de la cárcel en que se encuentra ésta. Para enfrentar a las corporaciones transnacionales como lo que éstas son: fuerzas sociales que hoy deciden sobre la vida y hacienda de millones de individuos en esta sociedad globalizada.

REFERENCIAS

- HAYEK, Friedrich. Derecho, legislación y libertad. Una nueva formulación de los principios liberales de justicia y de la economía política. Madrid. Unión. 1985.
- JALIFE-RAHME, Alfredo. Hacia la desglobalización. Jorale-Orfilia. 2007.
- MCINTOSH, Mary. La organización del crimen. México. Siglo XXI. 1977.
- MISES, Ludwig. Socialismo. Análisis económico y sociológico. Buenos Aires. Centro de Estudios sobre la Libertad. 1959.
- Omnipotencia gubernamental. México. Hermes. 1980.
- La acción humana. Tratado de economía. Madrid. Unión. 2001.
- ROSANVALLON, Pierre. El capitalismo utópico. Historia de la idea de mercado. Buenos Aires. Nueva Visión. 2006.
- WALLERSTEIN, Immanuel. El moderno sistema Mundial. México. Siglo XXI. 1984. *I. La agricultura y los orígenes de la economía mundo en el siglo XVI. II. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea. 1600-1750.*

NOTAS

¹ Wallerstein (1984). Desde nuestra perspectiva.

² Hayek, F. DLL. p. 96-7. Para este importante y representativo economista austriaco, el gobierno es: “una organización más entre otras muchas, por lo que, al igual que las restantes, forma parte del orden espontáneo”. *Ibidem.* p. 96.

³ Para Ludwig von Mises la ciencia política: “entiende por “Estado” una asociación soberana, un “aparato de fuerza”, caracterizado no por el fin a que se orienta, sino por su forma”. Para él el gobierno es: *voluntad de Estado.* Mises, L. Soc. p. 122. Mises coincide con Hayek al observar

que: "la lengua inglesa emplea con mucha finura la palabra *gobierno* y no la palabra *Estado*".
Ib. p. 123.

⁴ Al parecer un criterio para medir la salud pública es la forma en cómo el Estado controla o se impone al crimen organizado en todas sus modalidades. Tarea en la que la sociedad civil des-empaña también un rol central. Pero recordemos que en infinidad de casos el crimen organizado es parte o está coludido con el poder político y privado. Y aquí no debe haber engaño o pecar de ingenuidad. Menos aún cuando sociedades como las actuales dependen económicamente de múltiples organizaciones calificadas de ilícitas para su propio desarrollo económico social. De ahí que para los neoliberales el narcotráfico, por ejemplo, sea parte del mundo empresarial pero que debe ser tratado de acuerdo a la lógica de la simulación. Para Mary McIntosh la técnica criminal constituye la articulación decisiva entre la organización criminal y la organización social. La cuestión es que al parecer existe ya una clara intención estatal por naturalizar el crimen; por hacer de éste parte de la rutina cotidiana de toda la vida social. Ver McIntosh., Mary. *La organización del crimen*. México. Siglo XXI. 1977.

⁵ "No es necesario, argumenta von Mises, añadir nada a lo ya dicho en capítulos anteriores sobre las consecuencias de todo intervencionismo económico. Los interminables escritos en defensa de la llamada economía del bienestar no han ofrecido ningún sólido argumento que sea capaz de hacer variar nuestras conclusiones. Conviene, sin embargo, dedicar cierta atención a los argumentos que los defensores del bienestar esgrimen contra la economía de mercado".
Ibidem. p. 987.

⁶ Ver ib. en particular caps. XXI y XXII.
